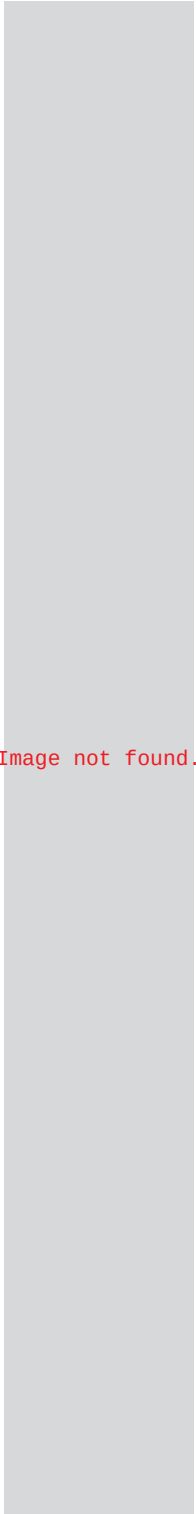


El verdin de Leona

Aixa Ozán Marquez



Capítulo 1

El verdín de Leona

Quiso actuar con fugacidad, pero solo se estrelló contra la insípida suciedad de una pared que le mostró sin tapujos, la realidad. Se aventuró con constancia a pulir y refregar cualquier aturdido vestigio que permaneció indeleble del ayer. Sentada solitariamente en su silla de madera ordinaria, pensaba. Solo revoloteaba, penetrante, la imagen de la inmundicie que dio vida a los días pasados. Concluía cíclicamente que tenía el deber de interrumpir su proliferante vida al son de la desinfección bactericida. Únicamente para agasajarse con el regocijo de un mañana más pulcro.

Pero escuchó el grito delator de las hondas grietas zigzagueantes que cuestionaron su batalla. Muy a su pesar, ella nunca podría haber comprendido, que era una lucha despótica en la cual la antigüedad era el peso pesado. Sin considerar este hecho aún, creyendo fervientemente en la victoria como remate culminante de todo este embarullo que le quitaba el sueño, Leona ingenuamente, prosiguió con su fragante calvario.

Así, las horas ligeras se fueron desnudando, quedando progresivamente atrás. Cada una de ellas se insertaron veleidosas en el cuero de los días y estos, simplemente, se dejaron ir sin olvidar residuos de su paradójico proceder. El sentido del día y la noche, perdió relevancia, no era más que otra relatividad para aquella impetuosa chiquilla. Paseaban cuales fantasmas sin llegar nunca acariciar algún poro perdido de su estremecida piel grisácea, que pétrea, engendraba contundentes espasmos por cada brisa que la rozaba. Ocupadísima, no tenía tiempo para tal ficción en su ajetreada vida. El quehacer la consumía.

Estridente y malhechora se asomó la hediondez, por un canalón de orinas añejas y excrementos marchitos. Deliberadamente, formaba una aureola espectral predispuesta a envolver cualquier partícula confusa en su andar floral, llevándola así, a su profética expiración. Era la más ingeniosa para abastecer de su pesadez cual lugar el viento la dejaba caer. Un trabajo sin desperdicio, la única que lo sabía hacer. Repletaba las ocasiones con sus penas y apesadumbraba todo el espacio tomando la divina posesión de los, ahora, lúgubres sitios en sus manos. Jamás dejaría víctima sin ultimar, todo el mundo la tenía que conocer.

Observó traviesa a su futura inmolada, a quien había percibido varias millas atrás. Fue cuestión de tiempo volverla a encontrar, pues la avizoraba desde sus inicios, por ese olor tan particular que emanaba de su virginal ser. Alguien que desprendía esa terrible fetidez de bebé no podía estar pisando su inmaculado espacio en el mundo.

Decidió acercarse para abrazarla, y con el incondicional amor de una madre, la enrolló en su alma. Fue cálida, sensible y energética, no quiso que se le escapara. Sin embargo, se transformó en esencia de cólera al apreciar, que su mártir estaba lejos de serlo. Femenina, seguía friccionando sádicamente su paño contra la pared, nada la detuvo, ni siquiera ella. El pestilente espíritu se ofendió levemente. No tardó en comprender la efectiva razón que generaba resistencia a sus encantos.

Con un pronosticable ademán, la mujercita se descolocó para expulsar un estornudo que estalló sobre la frívola reina del olor. Era sabido, otra monarca había conquistado los minúsculos pulmones e infectado el casto cuerpecito. Registrando así su propia marca que distintiva, se aireaba majestuosa en su infección. Leona, nunca se percató de su presencia, no la pudo corromper porque ya lo estaba. Y sin más motivos por los que permanecer estática, maloliente se lanzó nuevamente al azar del eterno deambule, siempre liberada por el arbitraje de la corriente.

Nuestra necia protagonista, por su parte, aunque enferma y desdichada no se rindió. No había llegado a este mundo para palidecer, su lucha tenía un fin que se encontraba intrínseco en su curtido pellejo. Ahogaba sus penas aspirando frío, era lo único fresco y renovado en el lugar donde se encontraba. Codiciaba sentir algo, simplemente algo. Necesitaba conmoverse, devolverse a los sentidos. Sentir otra emoción aparte de la creciente frustración que feroz, le desollaba la esencia.

Batallaba heroicamente con un noble paño que alguna vez fue amarillo. Cada pasada se fue palpando como el sufrido rasquido de lija por clavos oxidadamente predispuestos a hacerla enardecer. No solo supo ser para ella una condena que la hizo sangrar por largo tiempo. El incesante chirrido del grumoso, fuerte y tosco pedazo de melgacho rozando forzoso la fisonomía de los clavos que, individualmente contaban su desgastada historia en lo rojizo de su herrumbre, la hizo callar. Perdió el habla, sus labios desvanecientes se cicatrizaron, uniéndose en serena armonización. Y sus abatidos oídos decidieron dejar de escuchar tanto terror, no le enseñaron a decir *no*. Entonces, solo supo reconocer el sonido de su latente anhelo. Limpiar.

Cuando las hojas de los árboles áridos empezaron a desfallecer en el suelo, un día, de algún mes, en los años que pasaron inertes, ocurrió un desprevisto. Ya deteriorada, ajena al mundo, diluida en la tapia que le usurpó el corazón y la absolvió de su alma, se puso de pie. En su caótica rebelión de músculos y huesos frágiles, mitigó por varios segundos el adoptado movimiento circular de su brazo derecho. Pero este, tembló involuntariamente derramando sobre el suelo el contenido del balde que fielmente la supo acompañar. Echó un berrinche, ya se estaba por poner a asear, aunque rápidamente otra cosa atrapó su atención... su imagen reflejada. Su aspecto rancio la turbó. Sorda, muda y sin oportunidad de sentir siquiera aroma alguno. Gris, fracasada, finalmente acabada, ni con

su alma podía contar. Se impactó, se aturdió, se horrorizó. Pero al final, se aceptó. Fue casi instantáneamente, ya no había más lugar para seguir perdiendo relatividad.

Sometida ahora, a la objetividad imperante, audaz, se abalanzó atacando con furia a la formidable pared y anticipando lo que ya hubiere previsto, se dispuso a cavar con las uñas encarnizadas en las profundidades de los agrietados cuajos resquebrajantes. Despellejándose la corteza de los dedos en cada arañazo que le dejaba heridas palpitantes, pintó un paisaje de sangre, sudor y mugre. Nunca más la vieron, se la recuerda inmiscuyéndose plácida en la empedernida costra húmeda de las abominables realidades que la aterrorizaban. Y así, se abrió paso por el majestuoso manantial de moho, se conjugaron, se tiñó de hollín y olvidó el mañana. Ahora el verdín le pertenecía, eran uno los dos y su amor solo duró hoy.